

de aquéllos, que sumaban un buen número de personas; como los coches en que iban caminaban á la retaguardia, Mascareñas fué de los últimos que cayeron prisioneros aquel memorable día. Como no era conocido de Cordero, no se le consideró de importancia y, en consecuencia, quedó en Monclova al averiguarse que tenía el grado de Coronel insurgente. Allí se le formó sumaria, pues no merece otro nombre su proceso, y aunque no llegó á probársele que hubiese cometido más delito que el de rebelión, fué condenado á muerte, ejecutándose la sentencia en los primeros días de Abril de 1811, sin que se pueda precisar la fecha exacta, por las escasas noticias que hay de los sucesos ocurridos allí después de la traición de Elizondo.



PEDRO JOSE SOTELO.

Este individuo prestó algunos servicios á la causa de la Independencia en los primeros días de la guerra, pero fueron de tal clase, que su nombre habría quedado en la obscuridad como los de tantos soldados que combatieron por la causa, si la naturaleza no le hubiese dado una larga existencia que le permitió ver todo el período de la guerra de Independencia, y más de medio siglo de la vida nacional. Ya en sus últimos años formó una curiosa relación de los principios de la insurrección y de los acontecimientos ocurridos en la histórica ciudad de Dolores los días 15 y 16 de Septiembre, así como de otros sucesos de aquella época. Esta relación es uno de los pocos documentos que nos quedan de los orígenes de la guerra de Independencia y por lo mismo, aunque contenga inexactitudes, debe ser vista con interés y ser aprovechada hasta donde es posible.

Nació Sotelo en Dolores, en 1790, y habiendo quedado huérfano entró á la edad de trece años al servicio del señor Hidalgo, quien lo dedicó al taller de alfarería par que aprendiese el oficio; también aprendió Sotelo la música, bajo la dirección de Don José Santos Villa, y refiere que desde 1809 Hidalgo le comunicó á él y á otros artesanos su propósito de lanzarse á luchar por la Independencia. En la madrugada del 16 de Septiembre ayudó á la prisión de los españoles, y después de contribuir durante

varios días al arreglo de los asuntos particulares del Párroco, se incorporó al ejército en Guanajuato y quedó á las órdenes de Don Mariano Hidalgo para cuidar de los fondos del ejército y de los equipajes de los Generales. También formó parte de la expedición que Aldama hizo á Dolores y San Felipe, y de su narración aparece que quien dirigió esa expedición fué Hidalgo, pero esto no está de acuerdo con lo que refiere la historia.

Estuvo en Valladolid y proporciona el dato de que Hidalgo pasó el río de Lerma por el puente de Santiago Tianguistenco; refiere el combate de las Cruces, del que dice que fué muy sangriento, y añade que el ejército pernoctó en la Venta de Cuajimalpa y que se tenía la intención de seguir rumbo á México; el primero de Noviembre se dió contra-orden y empezó la retirada de aquella hueste rumbo á Querétaro. Tomó parte en la acción de Aculco, la cual describe de un modo fantástico, olvidándose de decir que faltó á su obligación de cuidar el tesoro y los equipajes; y que por huir dejó que se perdiera todo; tal fué el susto que llevó que allí dió fin á su carrera militar y después de sufrir una grave enfermedad en Acámbaro, regresó á Dolores; visitó á las hermanas de Hidalgo en el rancho de Las Piedras y tuvo que ocultarse varias ocasiones para no caer en poder de los realistas. Hecha la Independencia vivió en paz en su pueblo natal, y con posterioridad fué nombrado conserje de la casa de Hidalgo, puesto en el que murió muchos años después. En 1874, ya octogenario, escribió una relación de sus aventuras, dedicada al entonces Presidente de la República, Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada.



JUAN VALDIVIA.

Aunque se ignoren los pormenores de la vida de un hombre, basta en ocasiones un solo hecho suyo para immortalizar su nombre y darle en la historia un lugar preferente sobre muchos otros que en largos años de existencia no consiguen realizar ningún acto notable que merezca la admiración de la posteridad. Esto sucede con Juan Valdivia, humilde soldado del ejército de Allende y del que no se tienen casi noticias auténticas, siendo necesario recurrir á la tradición para adquirir algunas.

Juan Valdivia fué nativo de Jalisco é ingresó en el ejército independiente cuando Torres se dirigió sobre Guadalajara; era hombre de gran fuerza muscular y esta circunstancia le salvó la vida en Calderón, donde se vió acometido por tres dragones realistas, á los que hizo frente, matando á los tres. Siguió en el ejército hasta el Saltillo y en la retirada de Rayón, sin tener hasta entonces ocasión de distinguirse. Cuando aquel jefe dió á Torres el encargo de atacar el campo del Grillo, ocurrió el incidente de que habla "La Avispa de Chilpancingo" en su número 19, en los siguientes términos:

"En el acto de asaltar la tropa de Rayón el campo del Grillo en Zacatecas, se necesitó hacer uso de un cañón, bien chico, pero se notó que tenía quebrada la cureña. Ofrecióse á suplir por ella un soldado, poniéndose á gatas, y con el embique y re-

troceso, casi se le hizo pedazos el espinazo. Este espectáculo no arredró á otro compañero suyo, quien escarmentado en parte, se ofreció á hacer lo mismo que el antecedente, pero hizo que le echasen encima muchas mantas para que el embique hiciese menos estrago. Tomado el campo, estando próximo á morir el primer soldado lastimado, se medio incorporó en la cama como pudo é hizo esta pregunta:—"¿Qué tal? ¿Surtió efecto el tiro que se disparó sobre mis espaldas?" — "Sí," le respondieron. — "Pues bien, exclamó, ahora muerdo con gusto," y á poco expiró."

En su "Cuadro histórico" reproduce Bustamante este párrafo, que indudablemente él fué quien lo escribió, y como de todo lo que mi estimable tío escribió debe dudarse, por aquello de que no siempre fué verídico, según lo demuestra la ocurrencia de decir que soldados que no tenían ni qué comer dispusiesen de camas en el campo de batalla, seguiremos á la tradición, que si no se precia de verídica, por lo menos procede con una poca de más cordura, limitándose á repetir lo que "se dice."

La tradición no refiere que fuesen dos cureñas humanas, sino que hubo una sola: Juan Valdivia, que al ver las dificultades con que se luchaba por la falta de artillería y teniendo presente que el ejército llevaba una pequeña pieza desmontada, se prestó á servir de cureña, adoptando, por supuesto, todas las precauciones posibles y llenándose de mantas la espalda para amortiguar los movimientos de la pieza. Sigue diciendo la tradición que no fué en el campo del Grillo donde Valdivia hizo esa heroicidad, sino en el camino de Zacatecas, frente á la hacienda de San Eustaquio, que era necesario tomar para que la tropa insurgente no pereciese de sed. Dos disparos fueron necesarios para que se diese el asalto, y después de ellos Valdivia quedó horriblemente deformado de la espalda, pero no murió y le alcanzó la vida para ver realizada la Independencia de México.

Ya sea que se siga á la tradición, ya á la historia, de todas maneras queda en pie el hecho de que hubo un hombre bastante de-

cidido para ofrecer su cuerpo y hasta su vida para que el ejército insurgente se salvase ú obtuviera la victoria; ese héroe, pues tal dictado le corresponde legítimamente, merece que siquiera se le dediquen unas páginas, ya que el bronce no se ha ocupado de inmortalizar su acción.



DON ANTONIO ALDAMA

Es muy común, al hojear las páginas de la historia de la guerra de Independencia, encontrar á familias enteras luchando contra la dominación española, sin cuidarse de sus intereses, y ver ir cayendo á cada uno de sus miembros en el campo de batalla: de esas familias, las más conocidas son las de los Hidalgo, los Rayón, los Bravo y los Galeana, etc. No fueron ellos, sin embargo, los únicos, y la biografía que vamos á escribir demuestra que hubo otras familias compuestas de patriotas que no vacilaron en lanzarse á la revuelta en pro de la causa proclamada en Dolores.

Bastante conocidos son los nombres de Don Juan y de Don Ignacio Aldama, que pertenecieron á la pléyade de los primeros caudillos; su fama opacó completamente la de sus sobrinos Don ANTONIO y Don MARIANO del mismo apellido, que lucharon por la misma causa y por ella padecieron persecuciones ó sufrieron la muerte. Del primero apenas se tienen noticias, y únicamente se sabe que tuvo el grado de Mariscal y que en Enero de 1811 expedicionaba por Tepic, cuando ocupó ese Distrito el Cura Mercado; en los primeros días de Febrero de ese año amenazaba á Tequepepa cuando fué atacado por el jefe de las armas de Tepic, el que lo derrotó completamente, quitándole cinco cañones y haciendo que se dispersase su gente; el mismo Aldama cayó prisionero y fué enviado á Guadalajara y

por causas inexplicables para los que tienen noticias de los sentimientos del General español Don José de la Cruz, no fué mandado fusilar por éste, que se limitó á tenerlo preso. Por un documento fechado en Guadalajara el 9 de Enero de 1812, sabemos que seguía preso y que solicitaba indulto; la contestación de Cruz fué breve pero substanciosa: "Le perdoné, decía, la vida, por efecto de generosidad, aunque no lo merecía; ha sido tratado con excesiva bondad, y bien debe constarle que se tomaron informes de su conducta en Tepic." En otro acuerdo dictado dos días después decía el mismo jefe: "Tenga entendido Don Antonio Aldama, sentenciado á presidio, que sólo la piedad del legítimo Gobierno pudo sentenciarle solamente á presidio, mereciendo la horca como un santo dos velas. Que ya le he decretado una multitud de memoriales diciendo en unos que no tengo facultad para alterar las sentencias de los Consejos de Guerra, y en otros que no hay lugar, etc. Le devuelvo ahora el memorial que me dirige para el Excelentísimo señor Virrey, cuyo jefe superior tiene otras atenciones, más graves que la de oír á pícaros, insurgentes y bribones como él.—Cruz."

Aldama en el ocurso que dió margen al anterior curioso acuerdo, habla de su familia y trata de hacer pasar su derrota en Tequepepa como un acto meritorio que tenía por objeto entregar los cañones de que disponía; como vemos, ningún efecto le surtió su instancia, y es probable que extinguiendo la pena de presidio que se le impuso, no menor de diez años, le alcanzase alguno de los indultos que Apodaca fué tan pródigo en conceder. En realidad se ignora cual fué la suerte posterior de este insurgente, hasta hoy desconocido, por confundirsele con su hermano ó primo Don Mariano.



DON MARIANO ALDAMA.

Sobrino también de los dos conocidos caudillos de este apellido, se lanzó desde los primeros días de la revolución á la lucha, con el grado de Mariscal, que le concedió Hidalgo, si bien no siguió á éste ni á sus tíos en el azaroso camino que emprendieron.

Concedor del rumbo de la Sierra Gorda y de la de Querétaro, se situó en ellas y presto alcanzó gran prestigio entre los indios, pero la derrota de Calderón, que permitió al Gobierno virreinal organizar el ejército para combatir á la insurrección de una manera bastante completa, lo hizo salir de allí, obligaron á Aldama á buscar inteligencias con los insurgentes más cercanos, que lo fueron los Villagrán: el día 10 de Mayo de 1811 se vieron obligados Chito y Aldama á salir de Tequisquilápan, perseguidos de cerca por el Mayor Alonso, y á los dos días tuvieron que presentar batalla en el cerro de la Magdalena á este militar y al Teniente Coronel Castro, que se le había unido; fueron derrotados completamente, perdiendo dos cañones y tres pedreros y dejando libre la entrada á Cadereita, que ocuparon los realistas el día 4. Don Ildefonso de la Torre, realista, también derrotó por aquellos días á Don Mariano en las cercanías de la población, y cuando iba reunido con Anaya.

Disgustado con éste y con los Villagrán por ser superior á todos ellos en grado, de-

cedió trasladarse á otra parte, y se trasladó á los llanos de Apam, á donde aún no había llegado la revolución. En Agosto de 1811 se presentó por allí con una pequeña partida y llevando amplias facultades de la Junta de Zitácuaro; encontró el terreno bien dispuesto y desde luego se pronunció José Francisco Osorno, que recibió el nombramiento de Teniente general y que el 30 de ese mismo mes de Agosto ocupó á Zacatlán. Aldama llegó á la población con su partida "sin causar nuevos trastornos, pues parece que era hombre de mejores ideas que lo general de los insurgentes, afecto al orden y severo observador de la disciplina; cítase por ejemplo de esto el hecho de que habiéndole acompañado en su expedición, con el empleo de Coronel, un joven llamado Acosta, al que tenía gran afición, lo hizo fusilar por sentencia del Consejo de Guerra, por haber muerto á un sargento, y lo mismo hizo con un Capitán José Hernández, por ladrón."

En Zacatlán aumentó Aldama su fuerza, compuesta de setecientos hombres y causó graves temores al Gobierno virreinal, que veía extenderse impensadamente la revolución por ese rumbo, que hasta entonces había estado quieto, y que proveía á la capital de muchos comestibles y de la bebida llamada "pulque." Venegas comisionó á Don Ciriaco del Llano, oficial de marina, para que batiese al insurgente, y le dió por segundo á Don Miguel Soto Maceda, también marino; ambos salieron de México el 3 de Septiembre, y se dirigieron á Calpulalpam, pero fueron sorprendidos por Aldama en la hacienda de San Cristóbal, y aunque consiguieron rechazarlo, sufrieron algún quebranto; dos días después sufrió nuevo descalabro frente á aquella población, y Aldama tuvo que retirarse, y dejando á Llano en Apam, se puso de acuerdo con Osorno para apoderarse de Tulancingo. No realizaron su intento, pero Aldama, dando muestras de gran atrevimiento, retrocedió violentamente, y mientras Llano estaba ocupado en atacar la barranca de Zacapoxtla, Aldama entraba tranquilmente en Calpulalpam.

Llano emprendió una activa persecución del insurgente y de su segundo, Ocadiz, que por aquellos días tenían su fuerza desorganizada; esto les obligó á ocultarse por poco tiempo en el rancho de San Blas, de la propiedad de Don José María Cazalla, que se decía amigo de ellos; varios días los alojó en su casa tratándolos muy bien, y cuando ya hubieron adquirido confianza, los asesinó mientras dormían. Háse dicho que Llano ganó por dinero á Cazalla para que lo desembarazase de un enemigo que realmente era temible; también se atribuye el asesinato á las rivalidades que nunca faltaban entre los insurgentes y á la envidia que Casalla tenía ante el grado y dotes de Aldama, pero por los términos en que dió la noticia la "Gaceta Oficial," parece que Llano fué el que procuró deshacerse de su enemigo. Osorno, en cuanto supo el asesinato de Don Mariano, se dirigió al rancho de San Blas é hizo matar á Casalla y que su cadáver, descuartizado, fuese expuesto al público.

"La pérdida de Aldama, dice Don Carlos María de Bustamante, fué muy sensible á la nación, y sus consecuencias se sintieron luego. Era éste un oficial lleno de valor, virtudes y talento, por lo que hizo temblar á sus enemigos. Tenía veinticinco años, fina educación, carácter franco y elevado; era excelente militar, tenía prudencia y arte para conducir al soldado: presentábase el primero en las acciones, y para animar á la tropa; jamás volteó la cara al enemigo, á pesar de la desigualdad de las fuerzas con que lo atacaba; había sido oficial de dragones de México, y así es que observaba la más estrecha disciplina y no permitía hurtos ni vejaciones." "La muerte de este joven recomendable, dice más adelante, lejos de acobardar á los que la lloraron, excitó en muchos de su edad un noble deseo de imitarlo. Vivía tranquilo el labrador Don Eugenio María Montañón, en la hacienda de Xala, de Ruiz de la Bárcena, donde supo la desgracia de Aldama, y al momento se levantó con cinco hombres, semilla fructífera que le produjo más de trescientos excelentes soldados, que después se llenaron

de gloria en la vanguardia del señor Morelos á la entrada de Oaxaca, como después veremos." "Las victorias de la división de Aldama, concluye el mismo escritor, á quien sucedió en el mando Don José Francisco Osorno, animaron sin duda á Don Vicente Beristáin, hermano del Canónigo, á pasarse al partido americano."

Don Mariano Aldama fué el último de su familia que pereció luchando por la Independencia de México y, no obstante sus méritos, es casi desconocido



DON ONOFRE PORTUGAL.

Fué de los primeros insurgentes y militó á las órdenes del señor Don Miguel Hidalgo.

En los primeros días de la revolución se unió al ejército independiente, probablemente en Dolores ó en San Miguel, y quedó á las órdenes de Allende; se ignora la participación que tuvo en el asalto de Guanajuato y batalla de las Cruces, y sólo se sabe que en la promoción general que hubo en Acámbaro recibió el grado de Brigadier, con el que hizo toda la campaña del Norte. Después de la pérdida de Guanajuato en Noviembre de 1810, fué destinado á prestar sus servicios en la división de Jiménez, la que, como es sabido, salió de la hacienda del Molino, rumbo á San Luis Potosí, el 3 de Diciembre de ese año. En Charcas se unió esa división á la que mandaban Lanzagorta y Zapata, y ya juntas continuaron su camino para el Saltillo y Monterrey.

Portugal, que tenía el mando de la vanguardia, creyó que las tropas coloniales iban á atacarlo cuando el ejército se encontraba en Matehuala é hizo tocar generala para rechazar al enemigo, pero se deshizo el error porque habiéndose mandado unos exploradores se acercó á ellos el Capitán de los presidiales, Juan José Treviño, que iba precisamente con el objeto de unirse á los independientes. No obstante este refuerzo, los presidiales nunca fueron bien vistos por los oficiales subalternos, "porque tenían una

suma desconfianza de ellos y sólo querían quedarse con sus indios de Mexquitic." El tiempo se encargó de confirmar lo justificado de esa desconfianza, pues esos soldados fueron los que en Baján no sólo se negaron á combatir, sino que se pasaron á Elizondo, contribuyendo así á hacer más segura la situación de los realistas ese día. Portugal, que era muy desconfiado y bastante adicto á Jiménez, parece que entró en pugna con el carmelita Fray Gregorio, que no entendía nada de milicia y que no creía en la maldad de los hombres, y esa pugna costó al primero algunas buenas reprensiones que le hizo Jiménez.

Estuvo Portugal en la acción del Puerto del Carnero, perdida por los realistas, y de ahí fué enviado en unión de Carrasco á Monterrey, cuya ciudad fué ocupada sin necesidad de disparar un tiro. Concentrado todo el ejército de Jiménez en el Saltillo á consecuencia de la proximidad del realista Ochoa y de la necesidad de ir al encuentro de los caudillos, Portugal no volvió á figurar de una manera especial entre tantos jefes como había reunidos, y sólo vuelve á oírse su nombre el 21 de Marzo, cuando cayó prisionero en Baján. Conducido á Chihuahua, se le formó proceso, y fué condenado á muerte, ejecutándose la sentencia el 27 de Junio de 1811; ese mismo día fueron fusilados el Lic. Chico, el Ingeniero Valencia y el Intendente del ejército, Solís. La severidad del Juez Ruiz de Bustamante, ordenó en el mismo día la muerte de cuatro personas, que ante otro tribunal menos obcecado hubieran merecido una pena mucho menor de la que se les aplicó.



DON NICOLAS ZAPATA.

Aunque sean pocas las noticias que consignemos de este jefe independiente, la circunstancia de haber sido de los fusilados de Chihuahua, hace que lo incluyamos en esta galería, como hemos hecho con todos los que se encontraron en las mismas circunstancias.

Zapata era amigo y paisano de los Lanzagorta y estaba de acuerdo con los conspiradores de Querétaro; á su vez, formaba parte de los comprometidos de San Luis Potosí, donde residía, y por su conducta ó por la denuncia que Calleja dice que recibió en los primeros días de la revolución, fué aprehendido de orden de aquel General, y enviado en calidad de preso al convento del Carmen. Allí siguió conspirando con los demás presos que había y contribuyó bastante, á las órdenes de Lanzagorta á la revolución que se verificó en aquella ciudad la noche del 10 de Noviembre.

Fué uno de los individuos á quienes Iriarte puso presos, pero pronto quedó en libertad, y á la llegada de Jiménez recibió el despacho de Mariscal, lo que indica que los servicios que hasta entonces había prestado á la Independencia eran de importancia. Quedó á las inmediatas órdenes del Mariscal Jiménez, con el que hizo toda esa rápida campaña que terminó con la derrota de Cordero en el Carnero y con la sumisión de las provincias internas de Occidente, realizadas en todo el mes de Diciembre de 1810 y primeros días de Enero de 1811.

Permaneció en el Saltillo cuando Jiménez se adelantó á recibir á los caudillos, y no salió de esa población sino hasta que se

dispuso el viaje al Norte, en el que tomó parte para escoltar á los Generales hasta la frontera, pues no era posible que todos los que formaban la expedición se fuesen para los Estados Unidos. Esta circunstancia hizo que le tocase caer prisionero en Acatita de Baján, y que Cordero, que lo conocía bien, lo designase para ir á Chihuahua, donde le esperaba la muerte. En efecto, se le formó una pequeña sumaria y fué de los primeros fusilados, el día 6 de Junio; ese mismo día fueron ejecutados el Capitán de presidiales, Ramón; el Coronel José Santos Villa, el Mayor de Plaza Pedro León y el Tesorero y Brigadier Don Mariano Hidalgo, hermano del Párroco de Dolores.

Como todos los que militaron á las órdenes de Jiménez, no cometió ninguna tropelia, y su único delito, en realidad, fué ser insurgente.

El señor Muro, en su "Miscelánea Potosina," dice que Zapata era natural de Catorce, donde se dedicaba á negocios comerciales y de minas; que en 1800 conoció á Hidalgo y que desempeñó varios empleos en su pueblo, siendo el último el de Alcalde, en 1806. Radicado en San Luis, fué nombrado Mayordomo de Alhóndiga, y en los primeros días de Septiembre de 1810 fué invitado por Hidalgo para tomar parte en la revolución, á lo que accedió, renunciando su empleo para seguir su vocación; varias veces insistió en su renuncia, hasta que le fué admitida, y entregó el empleo el 8 de Noviembre. Agrega que ignoraba lo que se tramaba y que acudió á ponerse á las órdenes de Herrera, el que lo hizo Coronel, y que con ese carácter formó parte del Consejo provincial de guerra y fué á unirse á Hidalgo para combatir con él en Calderón. No estamos de acuerdo con nada de esto último, y por lo mismo nos limitamos á consignar en párrafo aparte las noticias del señor Muro. Los bienes de Lanzagorta fueron embargados, y su viuda, la señora Doña María Luisa Osorio, no consiguió levantar el embargo, y pasó el resto de su vida en la pobreza. Esta señora acompañaba el Mariscal cuando cayó prisionero en Baján.



DON JOSE MARIA CORREA.

Este sacerdote fué uno de los pocos insurgentes que habiéndose declarado por la Independencia desde el principio de ella, consiguió verla realizada, á pesar de las muchas vicisitudes que sufrió.

No conocemos ni la fecha ni el lugar de su nacimiento, y únicamente sabemos que era originario del Arzobispado de México y que obtuvo el Curato de Nopala por oposición, por lo que lo tenía en propiedad. Estaba sirviéndolo cuando estalló la revolución, y aunque simpatizó con el movimiento, no hizo nada que denunciase sus simpatías; pero no era fácil que las tuviese muy ocultas supuesto que cuando pasó por allí el General Cruz, en Noviembre de 1810, le dió orden de que viniese á México á presentarse á su Prelado, informando antes á éste, por lo que el Ilmo. señor Lizama lo privó de su beneficio, ordenándole que nombrase Coadjutor; el Cabildo sucesor de aquél llevó adelante la disposición, y aunque el padre Correa volvió á su Curato y trató de ganarse la buena voluntad del Comandante realista Andrade, las atrocidades de éste, que fusilaba sin misericordia á los insurgentes, lo decidieron á empuñar las armas en defensa de la Independencia.

Unido á Pino, á Arriaga y á Chito Villagrán, empezó sus correrías derrotando al mismo Andrade en Venta Hermosa, el 11 de Septiembre de 1811, y recorriendo sin cesar la comarca hasta la Villa del Carbón.

La Junta de Zitácuaro le dió el nombramiento de Brigadier y el mando superior de aquellos rumbos, siendo su autoridad reconocida con dificultad por los levantiscos Anaya, Villagrán y otros; sin embargo, consiguió batir en la Villa del Carbón al Capitán Columna, y pocos días después en 22 de Noviembre, atacó con dos mil hombres el convoy que conducían Castro, Michelena y el mismo Andrade, quitándoles bastantes cargas; al regreso de ese convoy estuvo á punto de apoderarse de la persona del Obispo Cabañas, de Guadalajara, lo que, según dice Correa, no se verificó porque él se negó á mandar perseguir al Prelado. A consecuencia de esta acción fué excomulgado el Cura de Nopala y fijado su nombre en tablillas en las puertas de la iglesia de México.

Llamado por la Junta de Zitácuaro, que esperaba ser atacada por Calleja, púsose en camino y en éste encontró al Dr. Cos, que ni él mismo sabía si era insurgente ó realista, y lo llevó á aquella población, donde al fin se declaró por la causa de la Independencia. Fué allí derrotado con todo el ejército insurgente; sin embargo, con su fuerza escoltó á la Junta hasta Tlalchapa, y habiéndosele casi acabado su tropa, con sólo diez y seis hombres regresó á Nopala, donde se ocupó en reunir gente, armarla y fundir cañones. Cuando más entretenido estaba en estas ocupaciones, fué sorprendido por las fuerzas del Comandante Ondarza en la madrugada del 5 de Marzo de 1812; pudo sin embargo huir y reunir su gente, con lo que aquél se retiró, pues su único objeto fué aprisionar al Cura Brigadier. Por orden de Rayón acudió al valle de Toluca con setecientos hombres y dos cañones y asistió á la acción de Tenango, en la que fué rechazado el realista Castillo Bustamante; en el Veladero se defendió durante cuatro días, pero derrotados los insurgentes, regresó á Nopala en Mayo de ese año, donde esperó al General Rayón; contribuyó al ataque de Ixmiquilpan, dado por éste y á causa de la lealtad con que lo sirvió, se disgustó con los Villagrán, viéndose obligado á emigrar de la comarca y á andar algún

tiempo oculto por las montañas de Chapa de Mota.

La decadencia en que estaba la revolución, los trabajos que Correa había sufrido, y la grave enfermedad que le aquejó, lo indujeron fácilmente á acogerse al indulto, como se lo aconsejaba el Párroco de aquel pueblo y como al fin lo realizó éste, aunque sin el consentimiento de Correa, como él lo dice en su autobiografía. Hecho prisionero por una partida realista que mandó, á las órdenes de Revilla, el Corregidor de Toluca, Don Nicolás Gutiérrez, fué traído á México y consignado al Arzobispo señor Bergosa, que lo mandó á tomar ejercicios á la Casa Profesa. El indultado se sometió á cuantas condiciones se le impusieron por su Prelado y por los inquisidores en Junio de 1813, pero nada de ello fue obstáculo para que el 6 de Octubre se evadiese de la Profesa, dejando cartas para todos ellos, y se dirigiese al Sur para unirse á Morelos, que en aquel entonces se encontraba en Chilpancingo. Desde entonces siguió la suerte de aquel caudillo con el grado de Mariscal de campo, y estuvo en el desgraciado asalto de Valladolid, en Puruarán, Chichihualco y Tlaxtepec, y en toda esa última y desgraciada campaña del héroe del Sur.

Poco tiempo antes de ser hecho prisionero Morelos, pasó á Veracruz y fué á unirse con Rosains, que lo nombró su segundo, y con el que hizo rudas caminatas; combatió en Cerro Colorado y al lado de Victoria y pasó al fin á encargarse de la Comandancia de Uruápan, donde funcionaba una Junta independiente y que estaba muy revuelta á causa de la actitud del Dr. Cos. Esto lo obligó á tomar parte en las rencillas que dividían á los jefes independientes de aquella parte del país y á combatir á Anaya; derrotado en Santa Bárbara y Guanajuato, no fué á parar sino á Tehuacán, con el objeto, dice, de reclamar á Terán por la disolución del Congreso, y en el camino que tuvo que hacer para llegar á aquella población pasó infinidad de penas y trabajos; no debe, sin embargo, haber estado muy exigente en sus reclamaciones, cuando aquél

jefe lo conservó á su lado durante todo el tiempo que aún ocupó á Tehuacán, que fué hasta el mes de Enero de 1817, aunque sin darle ningún cargo ni hacer aprecio de él.

Al rendirse Terán, Correa quedó comprendido en la capitulación; sin embargo, afirma que fué tratado como prisionero de guerra, y aun se le puso en capilla tres días, hasta que Llano, Comandante de Puebla, mandó suspender su ejecución. Permaneció en Puebla hasta Abril de 1818, teniendo la ciudad por cárcel, y sufrió muchas miserias, las que en parte le fueron aliviadas por el Obispo de aquella Diócesis y por el Arzobispo de México, el que al fin lo habilitó para ejercer su ministerio, y cuando por estar pacificado el país no inspiraba ya temor alguno, lo envió en calidad de interino al Curato de Real del Monte. Allí le encontró la revolución encabezada por Iturbide. "Instruí por cartas, dice, á los pueblos, en el santo dogma de la libertad é independencia, y les ponía en claro sus derechos. Auxilié al señor Guerrero con reales y víveres: dí noticias de interés y del momento al jefe de las garantías, é hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance."

Realizada la Independencia se presentó á la Junta calificadora de méritos, ante la que hizo su panegírico, por el estilo de los que hicieron el padre Parra y Fray Gregorio de la Concepción, cuando también reclamaban premios; él es el único documento que ha guiado á biógrafos y á historiadores para hablar de la participación que el Cura Correa tomó en la Independencia; aunque con desconfianza, lo hemos seguido nosotros, restándole exageraciones y alabanzas y dejando únicamente aquello que se refiere á hechos. El sacerdote insurgente pretendía que se le devolviese su Curato de Nopala, lo que no consiguió, al menos hasta 1824. Se ignora el resto de su vida y la fecha de su muerte.



DON TOMAS ORTIZ.

Al entrar Hidalgo al valle de Toluca, en camino para las Cruces, se acercaba á la tierra en donde su padre había nacido y donde aún tenía parientes, muchos de ellos que no conocía, pero de los que tenía noticia. Uno de ellos, llamado Tomás Ortiz, era primo hermano del Párroco de Dolores, como hijo que era de Doña Josefa Costilla, hermana ésta de Don Cristóbal. En unión de su hermano Francisco y de otra de sus hermanas, María de la Trinidad, residía en el mineral de Sultepec, donde poseía bienes si no cuantiosos, sí suficientes para vivir con bastante desahogo y para que se le tuviera por rico.

Sabedor de que su primo era el caudillo de una revolución, con la que simpatizaba, y habiendo recibido de él el grado de Comandante, se declaró francamente por ella, organizando una partida que empezó á expedicionar por el rumbo del Sur de Toluca, ya sola, ya en unión de las de Canseco, el franciscano Orcilles y de Don Benedicto López, labrador rico de las cercanías de Zitácuaro. Esas partidas inquietaban á Toluca, interrumpían las comunicaciones con México y amenazaban los ricos minerales de la comarca, que por entonces estaban en buenas condiciones; la escabrosidad del terreno y los grandes bosques que se extienden por toda ella les proporcionaban asilos seguros y hacían difícil la tarea de perseguir á los insurgentes, encomendada á Don

Juan Bautista de la Torre. Los insurgentes revolucionaron todo el valle de Toluca en su parte Sur y los inmediatos de Bravo y de Zitácuaro, sin que en un principio encontrasen enemigo alguno.

Pero la misma gravedad del mal hizo que el Virrey enviase en Febrero de 1811 á Torres que empezó por dar muestras de verdadera crueldad; derrotó fácilmente á varias partidas, y el 13 de Marzo se encontró frente á Ortiz, que iba en auxilio de los indios de Amanalco; el segundo quedó derrotado, perdiendo seis cañones y bastante gente. El pánico de los indios entonces fue grande, y miles de ellos pidieron indulto; el padre Orcillés y Canseco perecieron, y Torre tuxo expedito el camino de Temascaltepec; en el camino para Sultepec, en el cerro de San Simón, lo esperaba Ortiz, unido á Don Félix Rodríguez, minero que habia hecho sus estudios en el Colegio de Minería; esta vez la derrota que los insurgentes sufrieron fué más completa, y sólo á la vista quedaron muertos cuatrocientos de ellos. Torre creyó ya pacificada la comarca y regresó á Toluca, mientras Ortiz se escapaba por Tuzantla é iba á unirse con Don Benedito López y á tomar la revancha, ayudando á la derrota de Torre frente á Zitácuaro. (Mayo de 1811).

Posesionado Rayón de esa villa, convocó á los principales jefes para consultarles sobre la necesidad ó conveniencia de formar una Junta que dirigiese la revolución, y entre los que asistieron á ella se contó Don Tomás Ortiz, que estuvo en persona, y su hermano Don Francisco representado por Don José Ignacio Elizaguirre; esa reunión se verificó el 19 de Agosto, y en la acta respectiva consta la firma de Ortiz, que, como los demás, se comprometió á sostenerla. Sin embargo, los hechos no estuvieron muy de acuerdo con sus palabras, y válido de que su nombramiento habia sido expedido por Hidalgo con anticipación al de Rayón, no se cuidó de obedecer los acuerdos de la Junta; ya sea por esto ó ya porque como la Junta decía, se habia hecho notable por su rapacidad en su Distrito y en todo el Sur, lo cierto es que aquélla ordenó la prisión

de Ortiz y lo puso preso desde principios de Septiembre.

Calleja, después de muchas vacilaciones, se resolvió á atacar la villa, y al efecto, empezó su marcha en Diciembre de ese año; la Junta, aunque creía quedar victoriosa, en el combate, adoptó sus precauciones para el caso de una derrota, y entre las que dictó estuvo la de ordenar el fusilamiento de Ortiz y de otros jefes insurgentes que tenia en su poder. "Habian sido condenados á la pena capital, pero se habia suspendido la ejecución en consideración á los servicios que habian prestado; mas aproximándose el ataque y temiendo la Junta los males que podrían resultar, si siendo derrotadas sus tropas quedasen aquéllos libres, los hizo fusilar el día último del año de 1811. Estas ejecuciones fueron consideradas por los enemigos de Rayón como unos fríos asesinatos, calculados, así como la muerte de Iriarte en el Saltillo, para afirmar su poder, quitando del medio, rivales peligrosos.... el Lic. Rosains y el Dr. Velasco, han hecho los más fuertes cargos á Rayón sobre estos acontecimientos, de los cuales la muerte de Ortiz y de sus compañeros la atribuye el mismo Rayón en su causa, contestando á la acusación que sobre ella le hizo Don Mariano Ortiz, hermano de Don Tomás, á sentencia dada por Licéaga despachando como semanero, pues la Junta hacia funciones judiciales, y en todo obraba soberanamente, recayendo el auto sobre la causa que se instruyó á Ortiz y á sus socios, por el delito de conspiración y sedición, de que fueron acusados." En efecto, así lo declaró Rayón, pero á pesar de que la orden fué autorizada por Licéaga, era natural que para ello consultara con sus compañeros de Junta, pues hubiera sido contraer una grave responsabilidad ordenar por sí sólo el fusilamiento de los reos.

Fueron éstos, además de Don Tomás Ortiz, Don José María Arnaldo y Don Juan Santa Ana; en cuanto á Don Mariano Ortiz, contra el cual parece que se dió orden de prisión, no pudo ser habido, y cuando más adelante, estando en poder de los realistas (Mayo de 1818), fué llevado á decla-

rar en la causa de Rayón, en el careo que mantuvo con éste, le sostuvo que de su orden "fué decapitado en Zitácuaro su hermano y que no contento con esto el presente Lic. Rayón, comisionó al Mariscal de rebeldes Ignacio Martínez, para que fuera á ejecutar lo mismo con el declarante á Sultepec, cuya orden no se cumplió por un efecto de caridad del comisionado." Rayón, por supuesto, negó los cargos que se le hacían. Esa orden de asesinatos, sin embargo, no debe de haber hecho mucha mella en el ánimo de Don Mariano ó la ignoró durante mucho tiempo, supuesto que en el diario de Rayón se encuentran varios pasajes en los que se da cuenta de las comunicaciones y avisos de acciones que enviaba á Rayón, y por el tenor de las notas contenidas en ese diario aparece que tanto éste como aquél estaban en la mejor armonía.

De esa manera tan obscura y extraña acabó un insurgente que si no se había hecho notable en la revolución, por lo menos había prestado buenos servicios á la causa, insurreccionando el valle de Toluca y contribuyendo á las victorias de Zitácuaro, y que por su parentesco con el iniciador de aquella merecía ser tratado con consideraciones; los delitos que la Junta le atribuyó, no quedaron probados, y la manera como procedió Rayón inclina el ánimo del historiador á creer que, en efecto, la única causa de la muerte de Don Tomás Ortiz fué la envidia de Rayón y el temor de que aquél llegara á sobreponerse á él.

Don Mariano Ortiz quedó libre algún tiempo y volvió á establecerse en Sultepec, donde aún viven sus descendientes.



DON VICTOR ROSALES.

Fué Mariscal de campo, el primer Congreso lo declaró benemérito de la patria, y su nombre es muy conocido, y no obstante esto, no se ha llegado á escribir su biografía, pues una que publicó un semanario extranjero no merece tal nombre, y el señor Don Francisco Sosa, que la reprodujo en su Anuario, buen cuidado tuvo de hacerlo constar así, agregando que no tuvo los datos necesarios para hacer una verdadera biografía.

Nació, según la opinión más general, en Zacatecas, y dicese que en 1776. Las noticias del semanario aludido dicen que en su tierra natal estudió gramática y filosofía bajo la dirección de un sacerdote, y que fué enviado á la capital para que siguiera la carrera de jurisprudencia; ya aquí, continuó sus estudios, aprendió el idioma mexicano y tuvo que interrumpir sus estudios debido á un enojoso incidente, el que no narramos por ser á todas luces falso. Expulsado del colegio entró como dependiente á una tienda, y en 1808 tuvo que huir por haber tomado parte en la conspiración de Flores Verdad... esto es un tejido de embustes, pues ni hubo tal conspiración, ni Rosales tomó parte en ella.

Lo único de positivo que se sabe, es que Rosales se encontraba en Zacatecas en 1810, y que allí tomó parte en los trastornos habidos en Noviembre de ese año, incorporándose al ejército independiente; su nombre

empieza á sonar cuando Rayón se retiró del Saltillo. Uno de los jefes que lo acompañaban era Don Víctor Rosales, que se batió en el Puerto de Piñones y recibió el encargo de adelantarse en unión de Don Juan Pablo Anaya, á reconocer las defensas de Zacatecas; entró á la ciudad después de la victoria de Torres, y cuando el jefe insurgente decidió seguir su camino para Michoacán, dejó á Rosales en la ciudad, con orden de sostenerse hasta el último extremo y salir en dirección á Jerez, pues quería engañar á Calleja; no cumplió aquél con las órdenes recibidas, sino que apenas alejado su jefe de Zacatecas envió comisionados al General español para que tratasen del indulto de todos los que estaban en la plaza. Aunque Calleja lo otorgó de buen grado, hizo fusilar á diez y ocho individuos. Rosales entregó diez piezas de artillería y una porción de lanzas y municiones, así como una cantidad de barras de plata, que no se sabe por qué las dejó Rayón. Este hecho de Rosales llama tanto la atención, que á nosotros nos ha hecho dudar acerca de la identidad del personaje que lo verificó y sólo después de mucho vacilar hemos convenido en que Don Víctor Rosales el indultado de Zacatecas era el mismo Mariscal que siguió después en las banderas de la insurrección y murió valientemente en Ario; así mismo nos llama la atención que nunca Rayón le reprochase, al menos públicamente, la entrega de Zacatecas y su indulto, y que todos los contemporáneos guardasen silencio acerca de esos hechos. También es de fijarse en la circunstancia de que se ignora quién fué el que concedió á Rosales el elevado grado de Mariscal de campo, que no parece que lo usara al principio, sino cuando volvió á tomar parte en la revolución.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el nombre de Rosales no vuelve á figurar en la historia durante el resto del año de 1811, ni se vé entre los de los jefes que acudieron á sancionar el establecimiento de la Junta de Zitácuaro y que ofrecieron sostenerla; hasta Octubre de 1812 es cuando se vuelve á leer su nombre y se le encuentra

en Uruápan al lado del Dr. Verduzco; no obstante disponer él y otros jefes de unos mil hombres, huyeron ante Negrete, dejándole siete cañones y bastantes armas y municiones; pocos meses después concurrió á la gran reunión de Ario, donde al decir de Bustamante se congregaron veinticinco mil insurgentes bien armados que decidieron atacar la ciudad de Valladolid, (Enero de 1813); fué aquel ataque tan desgraciado como los demás, y los diferentes jefes independientes se dispersaron por diferentes rumbos. Rosales, cuya división sufrió mucho por haber estado en la garita de Santa Catarina, que fué uno de los puntos donde más se combatió, se retiró de la provincia y no paró sino hasta la de Zacatecas, que era la que mejor conocía.

En veinte de Marzo de ese mismo año y al frente de tres mil hombres, (según la versión realista), de los que cien iban bien armados, atacó en la Ciénega de Gallardo á la partida de Terán, que aunque se defendió bien, fué rechazada después de hora y media de combate, en el que este jefe sufrió serias pérdidas; la falta de municiones impidió al insurgente apoderarse de Aguascalientes; sin embargo, envalentonado con este triunfo se reunió con los jefes González, Hermosillo, Carranza y los Segura, amenazando aquella ciudad; fué preciso que Cruz enviase la división de Negrete, el que llevando como segundo al Teniente Coronel Don Manuel Iturbe, batió á los independentes el 13 de Abril en los Salados, punto cercano al pueblo del Rincón; los independentes sólo perdieron dos fusiles y se retiraron en buen orden. Disgregadas esas partidas, Rosales quedó con poca gente y tuvo que dejar pasar algunos meses antes de reanudar sus correrías; hasta Septiembre de ese mismo año de 1813 volvemos á encontrar su nombre, esta vez atacando á Zacatecas, en virtud de las inteligencias que tenía dentro de la plaza; no obstante esto, ó era muy confiado Rosales, ó tenía plena seguridad de ser bien recibido, pues ese ataque fué muy atrevido, por las razones que vamos á exponer.

Un religioso mercedario, Fray J. Porras,

que estaba en correspondencia con Rosales, le hizo creer que en el momento que se presentara en la población se le uniría la tropa allí existente, y le ofreció marchar por delante para preparar la entrada, pero lo que hizo fué quedarse en una hacienda inmediata á Zacatecas; cansado Rosales de esperar, dejó el grueso de su tropa, que apenas llegaba á 250 hombres, en las goteras de la ciudad, y con sólo cincuenta penetró, sorprendiendo al Comandante Irizarri, que tuvo que retirarse hasta el cuartel de los Urbanos, dejando dos cañones; no era posible, sin embargo, que con tan poca fuerza se sostuviera Rosales en la ciudad, así es que atacado por las fuerzas de Nafarrate tuvo que abandonarla, perdiendo los dos cañones de que se había apoderado y quedando su pequeño ejército en completa dispersión. Refiere Bustamante que en esa acción de Zacatecas llevaba consigo á un pequeño hijo suyo, con el fin precisamente de libertarlo del poder de los realistas; el jovencito no pudo seguir á su padre en la retirada y cayó en poder de los realistas, quienes lo llevaron á la ciudad, donde lo azotaron cruelmente, lo ultrajaron hasta lo sumo y en camilla tuvieron que llevarlo al lugar donde lo fusilaron. Acaso se explique el atrevido ataque dado por Rosales al deseo de sacar á su hijo de la ciudad, donde estaba preso, como Villalongín hizo con su esposa en Valladolid. De todos modos, si el hecho es cierto, demuestra no sólo crueldad, sino ferocidad.

Después de esta acción no se vuelve á saber del insurgente en muchos meses, ya sea porque estuviese enfermo, herido, ó porque no pudiese reunir un nuevo ejército ó partida; ni siquiera concurrió al asalto que en 23 de Diciembre dió Morelos á Valladolid, y esta circunstancia indica la connivencia en que estaba con Rayón para no ayudar al Cura de Nocupétaro, ó la independencia con que obraba en sus correrías. Hasta un año después, en Octubre de 1814, no se vuelven á encontrar sus huellas: unido al Brigadier Rosas y á Matías Ortiz, rechazó á Galdamez, que con quinientos hombres marchaba en auxilio del Real de Pi-

nos, y ocupó el pueblo, donde permaneció poco tiempo. Retirado á las montañas de Zacatecas, á donde no mandaba perseguirlo García Conde, sólo de tarde en tarde bajaba á las poblaciones, como lo hizo en Julio de 1815, en que unido con los Pachones, Rosas, Ortiz, el padre Torres y otros, consiguieron los insurgentes formar una respetable división que se situó en Rincón de Ortega, amenazando Zacatecas y Aguascalientes; Orrantía y Castañón los atacaron y se dió el 24 una reñida acción en la que los beligerantes tuvieron numerosas pérdidas. A consecuencia de esta batalla, el Capitán Brilanti persiguió tan activamente á Rosales, que éste juzgó prudente salir de la provincia y retirarse á Michoacán, donde la mayor fragosidad del terreno hacía que los insurgentes fuesen menos perseguidos.

Llegó allí en la época en que éstos se encontraban profundamente divididos. El Congreso de Chilpancingo había emigrado para Tehuacán, dejando una Junta subalterna que por el lugar donde se estableció fué llamada de Taretan, á la que no obedecían gran cosa los jefes de Michoacán; sin embargo, iba viviendo y hubiera existido algún tiempo, si el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, devoto de Rayón, y, por lo mismo, enemigo de ella y del Congreso, no hubiese tomado á su cargo disolverla al saber que Terán había disuelto el Congreso. Los Vocales, entre los que se contaba el General Muñiz, fueron llevados presos por Anaya, de la hacienda de Santa Efigenia, á Ario, con cuya medida se creyó que Rayón, el "Ministro universal de las cuatro causas," como se llamaba, recobraría su poder, pero se equivocaron los que tal creyeron, pues varios Comandantes, penetrados de la necesidad de que hubiese un centro directo, se reunieron, á instigaciones de Don José María Vargas, y formaron en Uruápan una nueva Junta, integrada por el mismo Vargas, Don Remigio Yarza, antiguo Secretario de la de Zitácuaro, el Mariscal Don Víctor Rosales, el Presbítero Don José Antonio Torres, el abogado Isasaga, Don Manuel Amador y el Canónigo San Martín; empezó á funcionar en Marzo de 1816 y es

más conocida con el nombre de Junta de Jaujilla, por haberse ido á radicar á ese islote de la laguna de Tzacapu, que se eren inexpugnable. A poco tiempo fué reorganizada, dejando Rosales de ser Vocal de ella, y con los trescientos hombres que le obedecían se dedicó á hacer incursiones por los límites de la provincia de Guanajuato.

Su adhesión á Rayón, demostrada con el hecho de haber dejado de formar parte á la Junta de Jaujilla, fué premiada con el nombramiento de Comandante militar de Micoacán, empleo que desempeñaba Don Manuel Muñiz; éste no quedó conforme con haber sido desposeído y aunque reclamó no se le hizo caso ni él tuvo esperanza de que Rayón ó Anaya, que estaban en malas condiciones, escuchasen sus quejas, por lo que decidió indultarse, como lo hizo, en Mayo de 1817. Inmediatamente fué destinado, como era sistema en el Gobierno colonial, á perseguir á sus antiguos compañeros de armas; Rosales, comprendiendo que él podía ser la primera víctima del ex-insurgente, se dedicó á perseguirlo con actividad; Muñiz, viéndose en peligro, pidió auxilio á Barragán, quien rápidamente se dirigió á Tacámbaro, y unido con aquél, que le servía de guía, sorprendieron á Rosales en el rancho de La Campana, en los últimos días de Mayo. Resuelto á vender cara su vida, se encerró en la casa y mató á varios dragones, al fin, forzadas las puertas, el Cabo Ignacio Peña se abrazó á él y Rosales cayó acribillado á sablazos; Barragán al rendir el parte de la jornada, dijo al Virrey: "el indultado Don Manuel Muñiz hizo prodigios de valor." A aquél jefe se le concedió la Cruz de Isabel la Católica.

El año de 1824 fué declarado Don Víctor Rosales benemérito de la patria en grado heroico, y se mandó inscribir su nombre con letras de oro en el salón del Congreso, y recoger sus restos; por decreto de la Legislatura michoacanesa, de 4 de Marzo de 1858. Ario se llamó desde entonces "de Rosales." Ante el Congreso constituyente, Don Carlos María de Bustamante pidió una pensión para la familia del héroe, alegando las malas circunstancias en que se encontraba.

A propósito de esta familia, en la biografía á que hicimos alusión al principio de ésta, vemos que se componía de su esposa, Doña María Elena Gordoá, que murió en 19 de Marzo de 1814, al dar á luz su segundo hijo, José, cuando huía de los realistas, que habían ocupado Zacatecas. Los hermanos de Don Víctor fueron: Don Francisco, Administrador de una hacienda, y que hecho prisionero en la de Illueca por el español Gallopen, fué fusilado el año de 1812; Don Fulgencio, dueño de un obraje en León, que fué herido en la batalla de las Cruces; hecho prisionero en Aculco, fué colgado y fusilado, en venganza de haberse apoderado de las banderas del Cuerpo de Tres Villas y del de Milicias de México; su hija, Doña María Ricarda Rosales, fué hecha prisionera en la acción del Magney, (Octubre de 1814), cuidando de su pequeñísimo primo José, (hijo de Don Víctor) y llevada á México, presa en las cárceles de la Inquisición, de las que se fugó, con el auxilio de Doña Leona Vicario; murió en San Gregorio. El tercer hermano de Don Víctor Rosales se llamó Don Vicente y murió á manos de los realistas en la acción de Purépero; por último, Don Sotero, hermano de los anteriores, fué labrador en la sierra de Amoles, y también trabajó por la Independencia.